La columna de la muerte

El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz

Francisco Espinosa

Prólogo de Josep Fontana

CRÍTICA

EDICIÓN REVISADA

Francisco Espinosa

La columna de la muerte

El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz

Prólogo de Josep Fontana

Crítica
Barcelona

Primera edición: marzo de 2003
Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2017

La columna de la muerte
Francisco Espinosa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2003, del prólogo, Josep Fontana

© 2003, Francisco Espinosa Maestre

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-95-0
Depósito legal: B. 8015 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

1

El golpe de Queipo y el plan de Franco

> En Extremadura teníamos una confianza enorme en la combatividad de los obreros sevillanos y por eso creíamos que dominarían la situación. El recuerdo de la Sanjurjada nos hacía abrigar esas esperanzas. Pero por desgracia, aquella confianza no tardó en convertirse en una desilusión. Es verdad que los obreros hicieron una resistencia tenaz a los sublevados pero sin armas de poco podía servirles.
>
> Olegario Pachón Núñez,
> *Recuerdos y consideraciones de los tiempos heroicos*, pp. 32-33.

Franco transporta su ejército

A la semana del golpe militar, el 24 de julio de 1936 —una vez definida la situación general— se constituyó en Burgos la llamada Junta de Defensa Nacional, que afirmaba asumir poderes de estado. La componían los generales de División Miguel Cabanellas Ferrer y Andrés Saliquet Zumeta; los generales de Brigada, Emilio Mola Vidal, Miguel Ponte Manso de Zúñiga y Fidel Dávila Arrondo; y los coroneles de Estado Mayor Federico Montatel Canet y Fernando Moreno Calderón. Ese mismo día esta Junta Militar comunicó los primeros decretos a las comandancias militares sublevadas contra el gobierno legal de la República. En el radiograma original, entre la comunicación de la constitución de la Junta y la exposición de los decretos iniciales, había cuatro líneas tachadas, en las que podía leerse:

> Esta Junta ha designado a Generales Francisco Franco como Jefe del Ejército de Marruecos y del Sur de España y Emilio Mola para Jefe del Ejército del Norte, y ha dispuesto que General Sebastián Pozas Perea cese en el cargo de Inspector General de la Guardia Civil, nombrando para sustituirlo al General Federico de la Cruz Bullosa.[4]

Puesto que se trata del radiograma enviado a Sevilla es posible que la eliminación de esas líneas se decidiera por Queipo y su Estado Mayor antes de

su publicación. No debió hacerle mucha gracia al general golpista —limitado a su cargo de Inspector de Carabineros y ahora jefe de la II División— que se otorgara a Franco el mando del Ejército del Sur, mas lo cierto es que esta situación se mantuvo nada menos que hasta el 26 de agosto, cuando se nombró a Queipo «General en jefe de las fuerzas que operan en Andalucía», mientras Franco y Mola pasaban a serlo, respectivamente, de las fuerzas de Marruecos y del Ejército Expedicionario y del Ejército del Norte. Quizá esta decisión venía a solucionar roces existentes desde hacía un mes y que en el caso de Queipo, que se consideraba «General en Jefe de hecho», se tornarían en agravios permanentes. Pero esta división de los sublevados en tres ejércitos duró sólo un mes, ya que el primero de octubre, con la designación de Franco como generalísimo de todos los ejércitos, se decidió mediante el decreto n.º 1 dejar a Mola al frente del Ejército del Norte y a Queipo de Llano del Ejército del Sur. A efectos legales, pues, esto significaba que el general Queipo sólo dispuso de ejército con mando independiente entre el 26 de agosto y el primero de octubre de 1936. Sin embargo, igual que inventó una leyenda sobre la toma de Sevilla a su medida, tuvo la habilidad junto con su camarilla de crearse una imagen de independencia que —aparte de insultos y chascarrillos, su especialidad— poca base tenía.

Sobre el 23 o 24 de julio, cuando Sevilla acababa de ser ocupada por los sublevados, el general Franco envió allí al coronel Francisco Martín Moreno (Jefe del Estado Mayor del Ejército de Marruecos cuando éste estuvo bajo su mando durante el Bienio Negro) para que iniciase la organización de las tropas que habrían de marchar sobre Madrid, fuerzas que habían empezado a llegar a la península el domingo día 19. En esos días finales de julio, Franco trataba de solucionar su gran problema: cómo trasladar sus efectivos a la península. El día 30 de ese mismo mes, según Franco Salgado-Araujo,[5] contaba ya con medios que le permitían transportar diariamente quinientos hombres y quince toneladas de material de guerra.[6] Con la idea de controlar ese proceso, Franco viajó de Tetuán a Sevilla el día dos de agosto. Además de organizar sus fuerzas, el general tenía otro motivo para tan rápido viaje de ida y vuelta. Queipo, el que decía haber triunfado con «quince soldaditos», amparado en que las tropas se hallaban en *su territorio*, estaba utilizando a su antojo desde el día 19 de julio los hombres que Franco había ido enviando, sin los cuales no hubiera podido jactarse a esas alturas de contar con lugares claves como Cádiz, Sevilla y Huelva. Las pérdidas producidas en esas operaciones irritaban a Franco, que animaba a Martín Moreno a que se cumplieran sus órdenes «con la máxima energía posible».

Tres días después, el cinco de agosto, pasaron de Ceuta a Algeciras ocho mil hombres y numeroso material de guerra,[7] y al día siguiente Franco instalaba su cuartel general en plena Puerta de Jerez, en una casa palaciega cedida por Teresa Parladé. Allí, desde Sevilla, siguió con enorme preocupación, por

la lentitud, los primeros pasos de las columnas que habían marchado contra Madrid. Ello se tradujo, según Franco Salgado-Araujo, en que «ordenaba con cierta violencia, cosa poco frecuente en él por su carácter tranquilo y optimista». Esa angustia se aminoró el día 14 de agosto, cuando Yagüe le comunicó que la ciudad de Badajoz había sido ocupada. A partir de ese momento, con sus columnas celebrando la victoria en la capital extremeña, se mostró ya como jefe supremo de la sublevación tanto ante sus compañeros como ante portugueses, alemanes e italianos. Participó al día siguiente en los actos organizados en Sevilla con motivo de la reposición de la bandera monárquica y no tuvo que esforzarse mucho para destacar entre un ridículo Queipo, incapaz de poner fin a un absurdo y disparatado discurso sobre banderas, y el necrófilo Millán, que en tres ocasiones lanzó el ¡Viva la muerte!, coreado por la masa humana congregada en la Plaza Nueva. El periodista portugués José Augusto, que asistió a la ceremonia, captó perfectamente, en fecha tan temprana y en el supuesto feudo de «o general-charlista», la superioridad de Franco —«o exército é o cirurgiao que realiza neste momento a grave operaçao que vai salvar a Espanha», le dijo en una entrevista que le concedió— sobre Queipo, con «a sua gargalhada fácil e chocarreira, a sua eloqüência barulhenta», con quien ni se molestó en hablar.[8] Al día siguiente, 16 de agosto, Franco partió hacia Burgos para encontrarse con Mola, quien no tardó en asumir que el jefe de aquella sublevación que tan meticulosamente había tramado era el general Franco. Diez días después, asegurada plenamente la conexión con el norte y con las diferentes fuerzas ya orientadas hacia la capital, trasladó su cuartel a Cáceres. Este proceso imparable para Franco culminaría, tras más de dos semanas de tensas reuniones en Salamanca, el 29 de septiembre, cuando la Junta Militar lo nombró Jefe del Estado y del Ejército.

Sevilla, el gran foco golpista

Sevilla es a lo largo de la República uno de los principales focos de intrigas militares, alimentado por la debilidad del Estado para acabar con sus enemigos. Lo que en el 36 concluye en el victorioso golpe de Queipo no es sino el final de un proceso que comenzó a las pocas semanas de la proclamación de la República. De fondo, un hecho clave insuficientemente estudiado: la aplicación de la *ley de fugas* en julio de 1931 a cuatro obreros, operación dirigida por el capitán Manuel Díaz Criado y que, pese a ser investigada por una comisión parlamentaria, quedaría impune. Estos asesinatos, que abren un ciclo de violencia cerrado en falso por la comisión parlamentaria y, sobre todo, la desquiciada política republicana de Orden Público, destrozarán cualquier posibilidad de convivencia. No es de extrañar que un año después Sanjurjo eligiera Sevilla para llevar a cabo su golpe, cuya trama local, no sólo

quedó sin castigo sino que ni siquiera se investigó. Es lógico que unos militares y civiles acostumbrados a salir bien de todas estas operaciones —a las que habría que sumar el gran ensayo general, supuestamente contrarrevolucionario, de octubre de 1934— acometieran con optimismo la preparación del golpe final precisamente en la ciudad donde tan bien les había ido.[9] Por eso los golpistas pensarán desde un primer momento en Sevilla como base para la toma de Madrid. Contaban allí además con un hombre que, aunque siempre oculto por la sombra de Queipo, constituye el verdadero cerebro del golpe en Sevilla: el comandante de Estado Mayor José Cuesta Monereo, quien ya contaba con la experiencia del golpe de Sanjurjo y que ahora planificó la ocupación de la ciudad hasta en sus más mínimos detalles. En este caso, una vez más, una cosa es la leyenda con la que Queipo montó su *hazaña* —leyenda propiciada activamente por el propio Cuesta— y otra muy diferente la manera en la que éste y sus hombres —unos cuatro mil— se hicieron con la ciudad. Cuesta, además, contando si no con la complicidad sí con el silencio de sus jefes y compañeros —incluido el general Fernández Villa-Abrille—, fue también el que tendió los hilos de la conspiración por el suroeste. Por todo ello no es de extrañar que la caída de Sevilla se diese por segura. Martínez Bande reproduce una carta escrita desde Tetuán el seis de agosto por el teniente coronel Seguí a Franco:

> En el plan primitivo que contemplábamos en la época de preparación de Movimiento se pensaba en partir de Sevilla como base, para ir, motorizados y rehuyendo el combate, por Mérida-Trujillo-Navalmoral y Talavera a cooperar a la caída de Madrid.[10]

Pero volvamos a la Sevilla de los días posteriores al 18 de julio. Ocupada la capital, se organizaron diversas columnas que partieron de inmediato en diversas direcciones. El duque de Medinaceli, Rafael Medina Villalonga, nos dejó la memoria de una de ellas, la que al mando de Ramón de Carranza, el nuevo alcalde colocado por Queipo, recorrió un buen número de pueblos de Sevilla y Huelva nombrando nuevas autoridades, organizando las pautas represivas y, de paso, revisando el estado de sus propiedades.[11] Cuando esta columna se adentró por tierras del condado onubense, se emprendieron desde Sevilla las primeras operaciones militares contra los pueblos con columnas formadas por fuerzas militares, Asalto, Guardia Civil, Regulares y los grupos paramilitares de Falange y Requeté. Antes de partir para Extremadura, las fuerzas de Castejón, por ejemplo, intervinieron en la ocupación del Aljarafe sevillano, del condado y de núcleos de la importancia de Arahal, Morón de la Frontera, Osuna, Estepa, Huelva, Ayamonte y Puente Genil.[12] Las instrucciones que llevaban estas primeras columnas se recogieron por escrito a finales de julio y, en ellas, además de todo lo referente a la liberación de presos,

nombramiento de gestores, aprovisionamiento de armas y víveres, y restablecimiento de comunicaciones, se especificaba la obligación de efectuar «un minucioso registro en los domicilios de todos los dirigentes y afiliados al Frente Popular, aplicando el bando del Estado de Guerra al que se le encuentren armas», indicándose además que «se extremará la energía en la represión, sobre todo en aquellos individuos que se consideren peligrosos y de acción, los que hayan empuñado las armas contra la fuerza pública, o los que hayan cometido desmanes».[13]

La preparación de la ruta hacia Madrid se inició pronto. Pueblos como Las Pajanosas, Guillena, Gerena, El Garrobo o Burguillos pasaron de inmediato a manos de los sublevados. Por **Guillena** y **Burguillos**, por ejemplo, vemos el 26 de julio, en un descanso entre la toma de Pilas y Bollullos del Condado, a Carranza, que probablemente seguía comprobando el estado de su patrimonio o el de sus amigos, todos ellos sabedores de que el abastecimiento de la población se había estado haciendo a su costa. Los pueblos situados a la izquierda de la carretera general, **Gerena** y **El Garrobo**, fueron ocupados a finales de julio por una columna al mando del brigada de la Guardia Civil Juan Ruiz Calderón. Para garantizar aún más la seguridad de las columnas, el día siguiente de su partida, el tres de agosto, se envió una potente columna al mando del comandante de la Guardia Civil Santiago Garrigós Bernabeu contra **Castilblanco de los Arroyos**. «Un pueblo más ganado a la Causa Nacional. Viva España», escribió Garrigós a Cuesta Monereo. Los izquierdistas de este pueblo, después de intentar ocupar infructuosamente el Cuartel de la Guardia Civil, huyeron hacia el norte antes de que llegara la columna. En todos estos pueblos hubo detenciones de derechistas e incautaciones de víveres, pero en ninguno de ellos se derramó sangre.

El fortalecimiento de los flancos de la ruta que había de seguir la Columna Madrid se completaría entre el cinco y el 21 de agosto —ya con columnas en toda regla— con la ocupación de Almadén de la Plata, El Pedroso, Constantina, Cazalla, Alanís, San Nicolás del Puerto, Guadalcanal, Navas de la Concepción y Fuente del Arco, cerca de Llerena. Estas operaciones se vieron completadas por otras similares realizadas en Huelva por diversas columnas, y en el sur de Badajoz por el grupo del capitán de la Guardia Civil Ernesto Navarrete Alcal, que forma su columna en Fuente de Cantos con guardias civiles, falangistas y voluntarios. Entre las operaciones realizadas en Huelva hay que destacar por su importancia las que a mediados de agosto se efectuaron sobre Castillo de las Guardas y Aznalcóllar, por fuerzas al mando del comandante de Infantería Antonio Álvarez Rementería; y sobre la Sierra de Aracena, por una gran columna al mando del comandante retirado Luis Redondo García. Estas dos columnas, acompañadas de otra que partió desde Valverde del Camino, serían las que confluirían a partir del día 25 de agosto en la ocupación definitiva de la temida cuenca minera onubense. De esta for-

ma se garantizó la seguridad del grupo principal, además de asegurarse el contacto permanente por ferrocarril entre Sevilla y la columna Madrid, y la comunicación por Portugal entre los sublevados del norte y los del sur cuando aún los separaba la provincia de Badajoz.

El día primero de agosto, en Tetuán y a las catorce horas, Franco dictó la Orden General de Operaciones n.º 1 del Ejército de África y del Sur de España. En ella se describía el objetivo principal de la columna, avanzar hacia Zafra y Mérida; y los objetivos secundarios, prestar ayuda a los puestos de la Guardia Civil que resistan y combatir, «dispersándolas y castigándolas», las concentraciones enemigas próximas a la columna. La exposición de la «Misión de la Columna» concluía así: «Alcanzando Mérida se establecerá enlace con Cáceres y [se] atenderá a la situación que conviene reducir de Badajoz asegurando su dominación».[14] Esto quiere decir, frente a lo que se ha mantenido en ocasiones —pensemos por ejemplo que Martínez Bande llegó al extremo de eliminar lo que seguía a la palabra situación—, que la ocupación de Badajoz estaba ya prevista desde antes de que la columna iniciara la marcha. Es posible que el entonces coronel Juan Manuel Martínez Bande decidiera eliminar esas palabras para ajustar las instrucciones de Franco a su tesis de que la toma de Badajoz se decidió sobre la marcha. Pensaba el coronel que «la orden de marchar audazmente sobre Madrid debe ser estimada como hija de una fe sólida en el triunfo y un [*sic*] conocimiento exacto del enemigo». Esta retórica ampulosa que remite en sus conceptos —fe, triunfo y enemigo— a una guerra convencional, se desinfla por sí sola si se piensa en la realidad: fuerzas militares de choque sublevadas atravesando un territorio donde casi como único enemigo sólo tienen a la población civil.[15]

Sobre las «Modalidades de ejecución de la misión» la orden destacaba que «la característica del avance ha de ser la rapidez, la decisión y la energía evitando toda detención no imprescindible». En esta orden ya se hablaba de una segunda columna que habría de asegurar la comunicación de la primera con el punto de salida. Sobre el modo de actuar se decía: «En cuanto a la reducción de focos rebeldes se efectuarán con energía excluyendo la crueldad respetando en absoluto a mujeres y niños y evitando toda clase de razias». Aunque ya de por sí resulte alarmante la advertencia sobre el respeto a mujeres y niños o sobre la crueldad, estas órdenes se vieron superadas por la realidad desde el primer momento, pudiendo afirmarse sin duda alguna que todos los pueblos y ciudades ocupados por estas fuerzas quedaron marcados, y que la crueldad y las razias fueron recurso corriente. El mismo biógrafo de Yagüe, Juan José Calleja, dijo claramente que «los africanistas tenían la consigna de propinar a las crueles turbas un mazazo rotundo y seco que las dejase inmóviles al atravesar ese territorio que aún se desangraba bajo el efecto de espeluznantes crímenes».[16] En cuanto a las mujeres y niños no sólo serían utilizados como escudo cuando convenía, como en la toma del barrio de La

Macarena, sino que fueron con frecuencia las primeras víctimas de la violencia aparatosa e incontrolada de los primeros momentos tras la ocupación de cada lugar. El contraste entre lo que se recomendaba en las instrucciones, mostradas a veces como prueba de la prudencia y comedimiento con que actuaron los golpistas, y lo que sabemos que se hacía en la realidad, debería de servir de aviso para valorar la documentación generada por quienes habían decidido acabar violentamente con un sistema político legal.

La composición de la columna se decidió en Sevilla y ya se mencionaba en la Orden el apoyo que desde el aeródromo de Tablada debería prestarse a la columna. Lo cierto es que desde fecha muy temprana Franco había previsto ocupar la ciudad de Badajoz antes de seguir la ruta hacia Madrid, es decir, que ya sabía el tipo de guerra que iba a hacer, lo que indudablemente se debe —en palabras de Paul Preston— a «su obsesión por el aniquilamiento de toda oposición» con la finalidad de consolidar su supremacía política.[17] El modelo de guerra que Franco llevaría a efecto, una guerra de exterminio, tendría su prolongación y su equivalente en el tipo de política aplicada en cada localidad, una política de exterminio. Aunque los golpistas procuraron que la planificación de la muerte no quedara reflejada en los documentos son las propias instrucciones de Mola las que la demuestran. Así, la hasta ahora desconocida instrucción de 30 de junio, relativa a Marruecos, estableció en su punto *q*: «Eliminar los elementos izquierdistas: comunistas, anarquistas, sindicalistas, masones, etc.».[18]

Probablemente el día 29 de julio por la alusión a Huelva —«reacciona a nuestro lado» quiere decir que fue ocupada ese día por los legionarios de Vierna—, Franco manda a Mola el siguiente mensaje, rayano en la euforia:

> Se consolida la situación Andalucía. Huelva reacciona a nuestro lado. Se intensifica transporte. Situación internacional mejorada. Comisión control consiguió expulsar escuadra Tánger. Hoy llegó primer avión transporte, seguirán llegando dos cada día hasta veinte, también espero seis cazas y veinte ametralladoras. Somos los amos. Viva España.

Tres días después, el primero de agosto, Franco envió a Mola varios comunicados en los que aparte de exponerle los problemas que tenía para pasar sus fuerzas a la península —lo que se solucionó entre ese día y el siguiente—, le planteaba la falta de calidad del material disponible. En el primero de ellos, en el que le pedía que le indicara un lugar donde entregarle dos millones de cartuchos, Franco afirmaba que pensaba «abrir comunicación Sevilla-Cáceres lo más rápidamente. Tenemos comunicación Sevilla-Ayamonte. Si Portugal acepta podríamos efectuarlo a través de Portugal». En un segundo comunicado, Franco, agobiado por la lentitud del transporte de sus fuerzas a la península, comentaba el avance de las fuerzas que se encontraban ya en

Andalucía. El mensaje concluía: «Espero poder iniciar domingo 2 avance con algunas fuerzas». En un mensaje posterior se exponía más extensamente la misión de dicha columna, que debería partir en la madrugada del lunes día tres. A esta columna le seguirían otras columnas que, una vez contactasen con las fuerzas de Mola, avanzarían hacia Talavera de la Reina en dirección a Madrid. Un nuevo mensaje mostraba hasta qué punto iba mejorando el estado de ánimo de Franco a medida que la ayuda extranjera se concretaba:

> Recibo noticia persona llegada de Madrid el martes 28 grandísima desmoralización millares bajas, Gobierno aterrado, reciben víveres Valencia, ya reina el hambre, extranjeros evacuan Madrid. Mantenerse firmes seguro triunfo. Con pesetas papel banco podemos arreglarnos, obteniendo algún crédito extranjero, haciendo hipotecas sobre fincas, casas, puertos. Extranjeros nos ayudan por propio interés.[19]

La columna Madrid inicia la marcha

El domingo dos de agosto a las ocho de la tarde partió de Sevilla la Agrupación n.º 1 del teniente coronel Carlos Asensio Cabanillas, quien había recibido la orden de tomar el mando de la columna el día anterior en Melilla. Estaba compuesta por el II Tabor de Regulares de Tetuán (comandante Antonio Oro), la IV Bandera del Tercio (comandante José Vierna), dos autoametralladoras, una batería de 70 mm., una Compañía de Zapadores y otros servicios. Ésta es la columna que el coronel Martínez Bande consideró «endeble» y «pobre de medios».[20] Su objetivo era tomar Mérida y contactar con las fuerzas de Mola, para quien llevaba siete millones de cartuchos, en el menor tiempo posible.[21] Con estas fuerzas y sabiendo que detrás le seguiría otra columna de similares características, salieron de la ciudad a la caída de la tarde en coches y camiones. Los izquierdistas de **El Ronquillo**, antes de emprender la huida y cuando conocían la cercanía de las fuerzas mercenarias,[22] volaron los puentes del Rivera del Huerva, a unos siete kilómetros del pueblo, el de la carretera del Castillo de las Guardas, el de Almadén y una alcantarilla llamada Hombre Muerto. De esta forma, cuando las fuerzas de Asensio llegaron sobre la una de la noche al primer puente mencionado, cerca de la Venta del Alto, hubieron de detenerse, aunque una vanguardia compuesta por dos compañías de Regulares se acercó hasta el pueblo adueñándose de él tras vencer cierta resistencia que causó a los ocupantes un único herido del 2.º Tabor de Regulares de Tetuán. El arreglo del puente retrasó a la columna doce horas, pero sólo unos kilómetros más adelante otra alcantarilla destruida acarreó un nuevo parón de seis horas. Los daños producidos al intentar avanzar por caminos vecinales afectaron a cuatro camiones y a un camión-cisterna de carburante. Una vez en El Ronquillo, Asensio, sobre las seis de la

tarde, nombró una comisión gestora, organizó la guardia cívica y pidió explicaciones al cabo de la Guardia Civil por no haber evitado las voladuras con sus seis guardias.

Este mismo tres de agosto Franco pudo comunicar a Mola la salida de la columna y sus primeros tropiezos, disipados en la gran noticia de que al día siguiente tendría solucionada la «cuestión escuadra». Otro motivo de ánimo fue la noticia dada por Mola de que unos trescientos guardias civiles que habían sido enviados el día primero en tren desde Badajoz a Madrid se habían pasado ese día a los sublevados en Miajadas. Un comunicado de Franco a Mola de día tres presenta la siguiente situación:

> Ayer domingo salió columna Sevilla dirección Badajoz que facilitará comunicación. Tan pronto como tengamos aviones nuevos en vuelo esperamos destruir o anular escuadra y llevar a cabo acción intensa sobre Madrid. ... Berlín avisado de nuestra identificación lo reiteraré. Suspicacias debidas a trabajos paralelos. Estoy relación íntima Alemania Italia. Hoy ofrecen de Inglaterra, desconozco estado ... aparatos ... Éstos entrega pago contado. Hecho pago Londres volarían a ésa. Aquí no nos convienen. Díganme si le interesan y disponen divisas.[23]

También ese día tres, sólo unas horas más tarde, salió del Parque de María Luisa la Agrupación n.º 2 de la columna Madrid, dirigida por el comandante Antonio Castejón Espinosa: «Más de cien camiones y muchos coches ligeros», según Sánchez del Arco, quien acompañaba al militar junto con el marqués de Nervión y Javier Parladé. Dicha columna, que avanzó en la noche con los faros apagados, estaba constituida por la V Bandera al mando de Castejón, el II Tabor de Regulares de Ceuta (comandante Rodrigo Amador de los Ríos) y carros de Asalto además de diversos grupos de Artillería, Infantería, Intendencia, Sanidad e Ingenieros. Cuando a la mañana siguiente Castejón, después de varias paradas, pasó en su coche por El Ronquillo los trapos blancos ondeaban aún en los balcones.

Asensio entró en **Santa Olalla** sobre las diez treinta de la noche del día tres. Nada más llegar tuvo noticia de que una columna enemiga formada por unos veinte camiones se dirigía desde Monesterio a Santa Olalla. Entonces ordenó que la vanguardia se adelantara unos seis kilómetros hacia Monesterio para evitar cualquier sorpresa. Con tal motivo se produjeron dos enfrentamientos cerca de la venta del Culebrín con un resultado que se convertiría habitual para los milicianos: catorce muertos y un herido en medio de la desbandada general. Escopetas de caza, hachas y palos, cuando no armas de museo, contra las fuerzas de choque del Ejército español. Para asegurar los flancos Asensio decidió pernoctar allí y enviar fuerzas contra Cala y Real de la Jara. En **Cala** entraron, como en tantos pueblos, sin oposición alguna. La gente había huido al campo. Atrás quedaba el intento frustrado de asalto al

Cuartel de la Guardia Civil y el saqueo del edificio ya vacío cuando los guardias partieron a Santa Olalla. En **El Real de la Jara,** como en todos sitios, se detuvo a los derechistas más señalados, y se creó un economato que durante dos semanas repartió alimentos entre la población. En su brutal entrada, los regulares que al mando de un alférez constituían la vanguardia de la columna de Castejón, con el pretexto de que se les había preparado una emboscada, causaron dos muertos entre los vecinos. Luego dejaron veinte fusiles para los derechistas y se volvieron para Santa Olalla. Ya en la madrugada del día cuatro, Castejón dividió sus fuerzas en dos columnas: la primera —con el Tabor, una sección de Artillería, otra de puentes y un blindado— siguió para Monesterio; y la segunda —con la Bandera, otra sección de Artillería, puentes y la Guardia Civil de Llerena— fue enviada contra Llerena. La vanguardia de ambas columnas siempre fueron los regulares.

Franco, por su parte, estaba ya más tranquilo. En su comunicado del día cuatro de agosto a Mola podía leerse:

> Columna salida ayer avanza seguida otro convoy municiones, total 2 banderas, 2 Tabores, con Artª y servicios. Confío lograr pasar Estrecho mañana otras unidades que seguirán [a las] primeras. Me dice Gil Robles [desde] Lisboa dispone de 8.000.000 pesetas en divisas [a] nuestra disposición. Material que yo adquiero no me apuran pago. Espero poderte prestar muy pronto poderosa ayuda aérea. Empezando a recoger frutos intensísimo trabajo venciendo los grandes obstáculos acumulados. Tengo noticias que Guardia Civil que está con enemigo espera ocasión para sumársenos en todas partes y que situación en campo enemigo muy desmoralizada.[24]

En el camino hacia **Monesterio,** la vanguardia de Asensio, el II Tabor de Regulares de Tetuán, tuvo un encuentro con un numeroso grupo de milicianos (300 o 400) llegados en camiones desde Badajoz, a los que causó un total de treinta y cuatro muertos. Los regulares tuvieron tres heridos, uno en El Real de la Jara y otro en Monesterio. El parte que Asensio envió a Franco una vez que entró en el pueblo a mediodía del cuatro decía: «En Monesterio se procedió a las operaciones de limpieza y las conducentes a la normalidad dispuestas por V.S.».[25] Asensio fue informado del asalto al cuartel —causante de la muerte del guardia civil Francisco Gragera Martínez, de veintiún años, y de tres paisanos el día 19 de julio—, de la destrucción del interior de la parroquia y de la detención de varias personas a partir del día 26 de julio. Se responsabilizó de estos hechos a Antonio Barbecho Gómez, Juan Catalán Sayago, Antonio Aceitón Riscos y Manuel Carrasco Florido. No obstante, incluso Tadeo Cantillo Carballar, uno de los derechistas presos, comunicaría unos años después, ya en funciones de alcalde, al Juez Instructor de la Causa General que «los malos tratos que ejercieron los marxistas con los detenidos fueron solamente de palabra, así como insultos y amenazas de muerte». A la

inevitable pregunta sobre el número de víctimas causadas por la «horda marxista», Cantillo respondió que ninguna, «sin duda por el corto período de tiempo que estuvo este pueblo dominado por los rojos».[26] Lo cierto es que las autoridades frentepopulistas, antes de partir hacia Badajoz o hacia la Sierra Machado cuando ya las fuerzas de Asensio rozaban el pueblo, pusieron en libertad a todos los presos. ¿Qué había ocurrido realmente en Monesterio? Es la propia Causa General la que nos informa de que fue la Guardia Civil la que en la mañana del día 19 abrió fuego contra un coche, con varios izquierdistas, que se acercó al cuartelillo, lo que provocó una situación de abierto enfrentamiento con el vecindario —que motivó las cuatro muertes mencionadas— y la llegada en ayuda de la Guardia Civil de varios números de Fuente de Cantos.[27] El día 25 de julio toda la Guardia Civil del Partido fue concentrada en esta última ciudad.

Monesterio fue el primer pueblo de la ruta en que los sublevados pudieron informarse de la estrategia defensiva de las autoridades republicanas. Lo primero que se creó —como en todo el territorio donde imperó la legalidad y siguiendo las instrucciones del Gobierno Civil y del Comité Provincial del Frente Popular— fue el Comité del Frente Popular, con representantes de todos los partidos que lo formaban y que, a través del Comité de Enlace, era quien decidía en cada localidad todo, desde registros y detenciones hasta abastecimientos. Las reuniones fueron presididas por los alcaldes. El primer acuerdo de estos comités fue la condena del golpe militar o, como dijeron en muchos pueblos, el movimiento subversivo perpetrado por la reacción y el fascismo contra el gobierno legítimo de la República. Todas las detenciones practicadas a partir del 18 de julio tuvieron su origen en el bando publicado ese mismo día por el gobernador Miguel Granados, y que, al amparo del estado de alarma, instaba a la detención y registro domiciliario de personas sospechosas y a controlar todo tipo de alteración de cualquier procedencia. Este Comité, que representaba a republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, estuvo compuesto por Elías Torres Lorenzo, Manuel Garrote Catalán, Gregorio Vasco Muñoz y Basilio Bautista Morales. En un segundo nivel estaba el Comité de Guerra, encargado de vigilancia y armamento, y que lo constituían Joaquín Franco Soria, Justo Naranjo Granadero, Eduardo Martínez Megía y José Garrote Delgado. Finalmente estaba el Comité de Enlace, cuya misión era conocer la situación en los pueblos cercanos e indagar la situación del enemigo. Sus miembros eran Antonio García Villalba, Julián Megía Neguillo y Manuel Chaves Crisóstomo. Aunque más tarde se sabrá su destino, cabe anticipar que de estas once personas, bajo cuya responsabilidad estuvieron los 51 presos de derechas, sólo salvaron la vida dos. González Ortín también citó en su *Extremadura bajo la influencia soviética* al maestro Miguel Díaz Acosta y a Manuela Campano Bayón, igualmente asesinados posteriormente.

Castejón en Llerena

El día cuatro, en que se ocupó Monesterio, entre las diversas informaciones procedentes de provincias llegadas al Servicio de Información del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra, se recibió una de **Llerena** que decía:

> Comité Frente Popular comunica que se hacen imprescindible medidas rápidas Gobierno para impedir avance fuerzas facciosas; de no proceder toda rapidez se corre el riesgo de perder la provincia de Badajoz. Enemigo dispone excelente pertrecho guerra habiendo conquistado varios pueblos dicha provincia.[28]

Ese mismo día la Guardia Civil —cien guardias al mando de los oficiales Antonio Miranda Vega[29] y Manuel López Verdasco,[30] entre los que se encontraban los de Azuaga y los 25 que desde Zafra habían sido trasladados a esa ciudad en los primeros días del golpe al mando del capitán Manuel Luengo Muñoz— decidió salir del pueblo y dirigirse hacia la carretera general a unirse con las columnas. Para ello hicieron creer a las autoridades civiles que no sólo seguían fieles a la República sino que estaban dispuestos a luchar contra las fuerzas que subían desde Sevilla. Según parece, Miranda reunió a los guardias y les dijo:

> Por dos veces he recibido órdenes del Gobierno Civil de Badajoz de marcharme a Madrid con ustedes para ponernos al lado del mal llamado Gobierno legítimo de la República; yo no he querido obedecer, y recibo nuevas órdenes para que haga entrega del mando y armamento; tampoco obedezco; conozco perfectamente los caracteres de este movimiento y no cumplo esas órdenes; ustedes podéis hacer lo que queráis, ya sois mayores; el asunto es bastante delicado; podéis, pues, daros buena cuenta de la responsabilidad que con cualquiera de vuestra decisión podéis echaros encima.[31]

Las autoridades de Llerena, conscientes de que la ciudad sería objetivo prioritario de los golpistas por su situación geográfica, tenían razones para preocuparse, pese a lo cual decidieron sumarse a la iniciativa y enfrentarse a lo que viniera, enviando a un grupo de milicianos al mando del alcalde Rafael Maltrana Galán. Pero al llegar al llamado Puente de la Ribera, que debía ser destruido, el teniente Miranda desarmó a los milicianos y se los llevó consigo hacia la carretera general, donde a media tarde contactó con las fuerzas de Castejón. Lo primero que hizo éste fue acabar de inmediato con la vida de los milicianos entregados por Miranda. «En ellos se cumple la ley de guerra y la noche serrana se ilumina con unos fogonazos», escribió el periodista sevillano Sánchez del Arco.[32] Uno de los que había podido huir cuando fueron detenidos fue el alcalde Maltrana, que volvió de nuevo a Llerena. Otro gru-

po de milicianos, que fue enviado al día siguiente a destruir el puente, se encontró con la columna de Castejón.

Como ocurrió en tantos otros pueblos, muchos vecinos huyeron ante las expectativas que se presentaban. Alguien, que más tarde sería capturado y sometido a consejo de guerra en 1937, declaró que huyó de Llerena por haber escuchado «que vienen los fascistas y a los hombres les cortan la cabeza».[33] En su recorrido hacia Llerena, Castejón acabó con varios grupos que intentaron frenar el avance de su columna: treinta personas procedentes de esa ciudad, los quince que intentaron volar el puente y un grupo de Guadalcanal a los que causó cuatro muertos y seis heridos. Otro hecho que muestra el tipo de guerra que se estaba desarrollando fue el ocurrido cerca de la ciudad, cuando el jornalero Ramón Franco Escudero «Boquineto», armado con una vieja escopeta de pistón, pretendió hacer frente al tanque que abría la columna antes de que un proyectil de dicha máquina lo fulminara. Castejón actuó como solía. Primero cañoneó y luego, cuando comprobó que la resistencia se concentraba en el Ayuntamiento, la iglesia, el Grupo Escolar y la Huerta de la Pava, con los defensores bien pertrechados de dinamita, ordenó incendiar diversos sectores, ante lo cual el Comité decidió rendirse. De poco sirvió, ya que el Ayuntamiento fue tomado seguidamente por las fuerzas de Castejón con granadas de mano y a la bayoneta, y perecieron todas las personas que se encontraban allí. Como unos cuantos persistieron desde la torre en su resistencia, Castejón cañoneó algunas puertas de la iglesia y luego le prendió fuego, destruyendo el edificio con los hombres dentro. Estos daños, por supuesto, superaron los causados previamente por la furia iconoclasta. Los ocupantes tuvieron dos muertos y doce heridos; los defensores, que no llegaron a rendirse, ciento cincuenta muertos.[34] En el transcurso de estas acciones un trimotor gubernamental bombardeó el convoy de Castejón inutilizando varios camiones e hiriendo a tres personas, una de las cuales murió después. He aquí —según la transcripción de las charlas que hacía la prensa sevillana— cómo transmitió aquella experiencia el propio Castejón a Queipo:

> Acerquéme sobre Llerena, y no obstante ser cañoneada ofreció resistencia, refugiándose gente en la iglesia y ayuntamiento, lanzando grandes cantidades de dinamita, que me obligaron a incendiar alrededores del pueblo, consiguiendo rendición Comité completo.

La entrada de los regulares en el pueblo causó tres muertes que fueron adjudicadas a los izquierdistas. Éste fue el caso de Manuel Morín Gómez, un industrial de sesenta y un años; Blas Muñoz Herrera, de cincuenta y cuatro, y José Tena Chaparro, de treinta y cinco, ambos labradores.[35] Los ocupantes se encontraron con lo de siempre: varios cortijos y casas saqueadas —especialmente los de Jesús Ugalde y Fernando Zambrano Alday, sede de Acción Popular— y los presos con vida. Algunos de los indicados, como Zambrano

Alday, y otros como Natividad Maesso Candalija, Mariana Jaraquemada, Evaristo de la Riva, Secundino Mateos, la Condesa de Rojas, o Mariana y Antonia Zambrano, se habían desplazado a Sevilla o a Portugal antes del golpe.[36] Sin embargo, pese a la oposición de las autoridades de Llerena —«a pesar de haberse negado éste [el responsable del Depósito Municipal] a entregarlos», se lee en la Causa General— un grupo de Azuaga consiguió llevarse a Hilario Molina Pérez y Gonzalo Cabezas, asesinados a principios de agosto. Del trato dado a los presos fueron responsabilizados Juan Navas Llorente, Rafael García Gobante, José Aragón y José Mera, todos ellos asesinados; como máximos responsables fueron acusados Pedro Corraliza Peguero, Zacarías Lancharro Muñoz, Secundino Marín Agenjo, Blas Chaves del Socorro, David Enamorado y Rafael Maltrana Galán.[37] El número de personas movilizadas en Llerena y su partido contra los sublevados desde la inmediata declaración de huelga general el 18 de julio fue de unas seis mil; sus armas, escopetas de caza, pistolas, sables, navajas y dinamita. Antes de la llegada de Castejón un grupo numeroso marchó a pie por Ahillones, Berlanga, Azuaga, Granja y Fuente Obejuna hasta llegar a Pueblonuevo del Terrible, desde donde un tren los llevó a Ciudad Real y a Madrid, a la que llegaron el 27 de septiembre; otros muchos se quedaron en la Extremadura republicana. Los que no salieron a tiempo cayeron en manos de Castejón, una de cuyas obsesiones era evitar cualquier fuga una vez que se ocupaba una localidad. Muchos de los llegados a Madrid formaron parte del Batallón «Nicolás de Pablo», creado por iniciativa de Rafael Maltrana Galán y que tomaría parte en las operaciones en torno a Pozoblanco en marzo de 1937.[38] Antes de partir, Castejón dejó al mando de la gestora al teniente Julio Burgueño Cortés, que se encontraba allí de vacaciones.[39] De la huella dejada por Castejón en el pueblo daría cuenta incluso gente de su propio bando, como el teniente González Toro, quien al pasar en octubre por allí le llamó enormemente la atención «las mujeres enlutadas y tristes, que son un exponente de la ola de luto que invade España y que nos indica que en Llerena, como en todas partes, ha pasado algo».[40] El testimonio adquiere más valor si se tiene en cuenta a qué se dedicaba González Toro según sus propias palabras:

> Pertenecer a una columna de limpieza es triste y poco brillante. Sólo mitiga esta tristeza el convencimiento de la necesidad de nuestra misión y el noble agrado con que en todas partes se nos recibe y que nosotros, desterrados forzosos de nuestros hogares, tanto agradecemos.[41]

Objeto de la atención de gubernamentales y golpistas fue la línea férrea que nacía entre Fuente del Arco y Llerena y que vía Azuaga comunicaba con Peñarroya. Fue vigilada estrechamente por los sublevados en previsión de ataques e incursiones y bombardeada por la aviación republicana el día 15 de

agosto. Algunos informes oficiales indican que este ataque supuso un intento republicano de reconquistar Llerena. Un comunicado de la Guardia Civil al Cuartel General de Franco en la mañana del 15 informaba de que:

> Llerena había sido bombardeada produciendo víctimas y daños materiales de importancia. A 8 o 10 kilómetros se ven los grupos de camiones ocupados con rojos con fusiles y ametralladoras. Muchos de ellos con uniformes de Guardia Civil, Carabineros y Asalto, pero se ignora si efectivamente lo son. Dicen que el propósito es tomar el pueblo a mediodía y que es urgente el envío de refuerzos.

Desde el Cuartel General se animó a que resistieran ante los que «seguramente serían marxistas disfrazados» y se informó de que recibirían ayuda de inmediato. Efectivamente, la columna fue destrozada por la aviación sublevada antes de que llegara a la ciudad.[42] Por otra parte, el 17 de agosto fue trasladado desde Los Santos a Llerena el comandante Francisco Delgado Serrano,[43] al mando de una Compañía de Infantería para relevar a los regulares de Alhucemas, enviándose al mismo tiempo a Los Santos un Tabor de regulares que, procedente de Guadalcanal, había intervenido en la ocupación de Fuente del Arco. También desde Sevilla se mandó otro grupo de unos cien hombres a Llerena. Todos estos movimientos tendían a frenar cualquier iniciativa que viniera del sector Azuaga-Berlanga-Granja y a garantizar en todo momento el tráfico por ferrocarril entre Sevilla y Mérida, básico para la estrategia de los golpistas y razón, en definitiva, por la que Llerena había sido tomada previamente.

Muchas de las autoridades huidas de Llerena se sumaron a la columna Cartón —doce camiones, cuatro coches y un número de hombres difícil de cuantificar—, procedente de Castuera, y que, según algunas fuentes, iba al mando del capitán Sediles y del teniente Victoriano Molina Esquivel. Esta columna tomó por base Azuaga e intentaría nuevamente el día 31 de agosto recuperar Llerena. La acción comenzó a gestarse desde el instante mismo de la huida y fue controlada en todo momento por los ocupantes de Llerena que, temerosos de cualquier iniciativa que partiera de Azuaga, nunca perdieron de vista aquel frente. Recelosos de encontrar un enemigo fuerte, optaron el día doce por ocupar **Llera** y **Valencia de las Torres**, lo que consiguieron sin dificultad alguna enviando a los regulares y causando entre el vecindario tres muertos y un herido en el primero y cinco en el segundo.[44] Días antes, uno de los derechistas presos de Llera, el propietario Rafael de la Gala Rodríguez, de cuarenta y seis años, había sido llevado a Valencia de las Torres, donde fue brutalmente asesinado. Tres días después de la ocupación, el 15 de agosto, se presentó una columna procedente de Azuaga y recuperó el pueblo de nuevo sin que el pequeño retén allí dejado ni las derechas armadas pudieran hacer nada. Cuando se retiraban, cayó en poder de los milicianos el falangista Ra-

fael Fernández Pilar, que fue eliminado de inmediato. González Ortín menciona entre los dirigentes al alcalde Francisco Campos Castaño y a Antonio González Martínez, Juan Acedo Barragán y Antonio Abad López «el del Preso», dos de los cuales, Campos y Acedo, serían finalmente ejecutados en 1940. Pese a todo, desde el Cuartel General de Franco no se consideró oportuno ocupar Azuaga en momentos en que eran Mérida y Badajoz las que centraban toda su atención. En el ataque a Llerena los republicanos utilizaron tres piezas de Artillería y carros de Asalto, y se llegó a ocupar el barrio de las Ollerías. Puesto que hubo parte de la población que ayudó con sus disparos a quienes intentaban entrar, se practicaron numerosos registros. Los sublevados, que contaban con fuerzas de Infantería, Guardia Civil y Falange, requirieron finalmente la ayuda de una Compañía de Regulares y de un Breguet enviado desde Tablada, que bombardeó y ametralló a placer a la columna hasta provocar su retirada, mientras que los regulares se encargaron de los rezagados. Es decir, que en cuestión de poco tiempo y dada la gravedad del asunto, reunieron sin problemas una fuerza considerable —sobre todo regulares— procedente de Mérida, Zafra, Badajoz y Sevilla.

Las bajas de la columna Cartón no se conocen; las contrarias tuvieron tres.[45] Las fuerzas de Infantería ocuparon a los republicanos un blindado. En el lugar de la carretera donde fueron bombardeados, a unos once kilómetros de Llerena, también dejaron varios barriles de vino, cuarenta jamones, garbanzos, arroz y aceite. Según el informe del comandante Amador de los Ríos, que se acercó al lugar con sus regulares con intención de atraparles, iban ya adelantados, incendiando cuanto encontraban a su paso para dificultar la persecución:

> Quedaron en nuestro poder algunos muertos, un carro de asalto del Regimiento de Carros n.º 1 y algunas municiones. Había soldados pertenecientes a los batallones llamados «Pedro Rubio»[46] y «Adolfo Bravo», iban bien uniformados y las municiones eran de este año.[47]

Los presos —se habla de tres y de siete según los documentos— declararon que iban mandados por Sediles, el diputado Sosa y el alcalde Maltrana. Contamos también con el testimonio de uno de los militares allí desplazados para la defensa de la población:

> Pronto entramos en contacto con el enemigo y más pronto aún emprende la huida dejando en nuestro poder varios muertos, entre ellos el jefe de la columna, un oficial de marina, cuyas tres estrellas doradas que ostentaba sobre el pecho se las coloca en el gorro nuestro capitán Blond. Abandona el enemigo, además de sus muertos, municiones, víveres, dos camillas y un hermoso carro de combate, completamente lleno de municiones y provisto de una potente ametralladora.[48]

El comunicado de Cañizares a Franco fue, como siempre, más explícito: « ... que al llegar a Llerena entabló contacto con el enemigo, le hizo huir produciéndole numerosas bajas, cogiendo muertos y siete prisioneros que han sido fusilados».[49]

Finalmente el primero de septiembre, reforzada Llerena con un tabor y parte de otro, se ordenó desde el Estado Mayor de Franco la creación de una columna formada por tres compañías y una batería al mando de la Comandancia Militar de Llerena y con la misión de vigilar la línea férrea que comunicaba Llerena, Fuente del Arco, Guadalcanal y Alanís.[50] Antes de que esto se llevara a efecto, el primero de septiembre, un avión republicano bombardeó Llerena y causó varios heridos y daños materiales. Esta posibilidad ya había sido prevista por un informe del capitán Cornide, quien aconsejó que se localizase el aeródromo de Azuaga y se inutilizaran sus aviones.[51]

Fuente de Cantos, un caso inusual

Varias horas antes, a las tres de la noche del cinco de agosto, la columna de Asensio, con la IV Bandera en vanguardia, abandonó Monesterio en dirección a **Fuente de Cantos**, donde llegaron sobre las siete. Como no había resistencia alguna —en el pueblo apenas había quedado gente y los pocos que permanecieron habían huido a causa del bombardeo fascista del día cuatro de agosto, que causó tres muertos y un herido— y ya se sabía que desde Badajoz se habían enviado tropas a Los Santos de Maimona, la columna decidió seguir hacia dicho pueblo no sin antes realizar las rutinas habituales y dejar en la localidad, por orden del Estado Mayor de Franco, una compañía de regulares. Para todo ello se nombra como comandante militar al capitán de la Guardia Civil Ernesto Navarrete Alcal, que se había sumado al golpe en Sevilla —primero al servicio de Ramón de Carranza y luego al de Castejón y Asensio— y que por su conocimiento de la zona se había encargado de designar a las nuevas autoridades. Una hora antes Franco había enviado a Asensio a través del general Queipo el siguiente mensaje:

> Continúe avance dispuesto orden inicial activándolo en lo posible, llegado a Mérida depende de situación general ir sobre Badajoz o Talavera, noticias que adquiera sobre Badajoz y necesidades ayuda frente Madrid decidirán proyecto [de] encaminar otra columna mismo camino además de la de Castejón, que pueda detenerse sobre Badajoz.[52]

La gravísima situación que se iba produciendo día a día no era desconocida en Madrid, donde ya esos días llegaban alarmantes llamadas de socorro del gobernador Granados solicitando aviones para la defensa de la capital y para atacar a los rebeldes, y artillería para repeler al enemigo.

Fuente de Cantos fue el primer pueblo de la ruta donde de manera excepcional, ya en la temprana fecha del 19 de julio, se produjeron hechos violentos en respuesta al golpe militar. Lo que empezó por las detenciones de rigor, concluyó en una matanza en la que, según parece y tal como reconoce incluso González Ortín en su *Extremadura bajo la influencia soviética*, jugaron un papel determinante los grupos armados de forasteros que desde el sábado 18 andaban de un pueblo a otro. Las detenciones comenzaron la misma noche del 18, cuando ya se conocía la dimensión de la sublevación. De entrada, y empezando por el Juez de Instrucción Francisco Herrera de Llera y su esposa Inocencia Chacón, fueron detenidas unas ochenta personas, obligadas a comparecer en el Ayuntamiento ante el llamado Tribunal Revolucionario, que decidía si ingresaban en prisión o no. Mientras tanto fueron asaltados y destrozados el Juzgado, la Notaría, el Registro de la Propiedad, la Comunidad de Labradores y el convento. Los presos, cuyo número difiere según las fuentes, fueron divididos en dos grupos: uno, de unas doce personas, fue conducido a la prisión del Partido; y otro, con unas 56, pasó directamente del Ayuntamiento a la sacristía a la una de la tarde del domingo 19. Ésta, con puertas y ventanas cerradas, había sido previamente rociada de gasolina y de aceite pesado. Los escopeteros que rodeaban la iglesia iban con la cara tapada. Sobre las tres y media las campanas empezaron a dar el toque de muertos, momento en que se prendió fuego a la iglesia y empezó el tiroteo.

> A las cuatro de la tarde las campanas de la torre tocaron a agonía. De repente se inició un tiroteo desde la torre contra el ayuntamiento; las puertas de la iglesia fueron cerradas y las descargas de las armas de fuego arreciaron contra la iglesia. En el interior, rociadas con gasolina, comienzan a arder las puertas y la sacristía, donde estaban los detenidos.[53]

Entre el fuego y los disparos murieron doce personas, ocho de ellas carbonizadas, tres por disparos y una última arrojándose a un pozo al ser perseguida:

Francisco Álvarez Rojo, 49 años, obrero, Partido Republicano Radical.
Francisco Bermejo Rubio, 25 años, labrador, Jefe Local de Falange.
Fernando Carrascal Salamanca, 23 años, estudiante, falangista.
Antonio Díaz Lancharro, 32 años, comerciante.
Juan Esteban Pagador, 46 años, propietario, Acción Popular.
Andrés García Gómez, 56 años, viajante.
Luis Ibarra Pérez, 55 años, labrador, Partido Republicano Radical.
Manuel Iglesias González, 44 años, empleado-jornalero, Partido Republicano Radical.
Manuel Macías Tomás, 41 años, industrial, Partido Republicano Radical.
José María Manzano Marín, 46 años, comerciante, Partido Republicano Radical.
Fernando Pagador Rosario, 55 años, obrero, Acción Popular.
Manuel Sánchez Boza, 21 años, estudiante, falangista.

Otros muchos lograron escapar de la muerte pasando a una zona más protegida. Cuando la situación se calmó los sobrevivientes fueron trasladados, tras recibir atención médica, al Ayuntamiento y a la cárcel. Otro que murió también ese día al arrojarse a un pozo cuando era perseguido fue el industrial falangista Fidel Rodríguez Rodríguez, de treinta y tres años. Al mismo tiempo que ocurrían estos hechos gravísimos y en la más pura tradición de las viejas revueltas agrarias, al saqueo del día anterior siguió la quema de los papeles del Juzgado, de la Notaría y del Registro, cuyos restos quedaron por las calles, tras lo cual repitieron el proceso con las tres ermitas, destrozando las imágenes y sacando a la calle reliquias y ropajes. Según documentos de la Causa General fechados en noviembre de 1941 y procedentes del Ayuntamiento y de la Comandancia Militar, fueron responsabilizados de estos hechos, participaran o no directamente en ellos, Teófilo García Rodríguez (secretario de la UGT), Alfredo Hervia Sánchez, José Macarro Gala, Manuel Pizarro Murillo (concejal socialista), Luis Álvarez Berjano, Gregorio Lozano Barrientos (jefe de los municipales) y Modesto Hierro García. Sin embargo, sospechosamente, otro documento también municipal de marzo de 1943 elimina algunos de los nombres anteriores e incorpora los de Julián Alarcón González, Antonio Martínez Rodríguez, Tomás Valiente Álvarez (primer teniente de alcalde), y José Lorenzana Macarro (el último alcalde republicano), la mayoría de los cuales acabarían *desaparecidos* o procesados por consejo de guerra.[54] También se consideró responsables de los hechos a los funcionarios del Cuerpo de Prisiones Carmelo Pérez Gómez, Vicente Mata Herrezuelo y Julio Flores Serradilla.

Los hechos del domingo 19 y la oculta venganza posterior, en la que por cada víctima anterior cayeron otras veinticinco, marcaron por muchos años la vida de la localidad.[55] A estas alturas, por más que resulte evidente la responsabilidad de las autoridades locales bien por su intervención directa bien por dejación de funciones, resulta casi imposible recomponer la cadena de acontecimientos y responsabilidades que culminaron con el incendio de la iglesia con los presos dentro en fecha tan temprana como el 19 de julio. Lo particular de Fuente de Cantos no fue que existiesen deseos de acabar con los presos de derechas —lo que podríamos considerar como una especie de pulsión generalizada provocada por el golpe militar—, sino que los que tal cosa deseaban no encontrasen serios obstáculos para llevarla a cabo, a sólo unas horas del inicio del golpe y sin que todavía actuase en tal sentido la cercanía de los sublevados o los testimonios de los huidos sobre lo que venían haciendo pueblo a pueblo.[56] No obstante, parte de la *leyenda maldita* de los sucesos del 19 de julio en Fuente de Cantos surge de relacionar dos sucesos sin relación entre sí como son los crímenes de ese día y la gran matanza posterior. Los sublevados necesitaban acciones como las del 19 de julio para su campaña de propaganda, pero las mismas no modificaban sustancialmente su plan de exterminio. En otros pueblos de alrededor, como Zafra y Villafranca, no

hubo esta clase de sucesos y sin embargo sí se produjeron matanzas similares. En este sentido, todo esfuerzo por exculpar a las autoridades locales de lo ocurrido para así eliminar la base de la supuesta venganza posterior será vano, pues ésta hubiera existido con o sin lo anterior. La excepción de lo ocurrido en Fuente de Cantos dentro de la provincia e incluso del suroeste —no hay relación alguna entre los casos de Fuente de Cantos y Almendralejo— fue convertida en paradigma por unos golpistas ávidos de poder mostrar unos hechos violentos que la realidad no les proporcionaba.

Mientras tanto, los que desde Sevilla, Huelva y los pueblos del sur de Badajoz marchaban ya hacía un destino impredecible sembraban con sus noticias alarmantes un miedo y un ansia de violencia cada vez más difícil de controlar. En Zafra, Almendralejo o Mérida, en medio de una total confusión, se era ya consciente de lo que se aproximaba, y por ello se hicieron llamadas como éstas:

> Dicen anoche salió bastante fuerza leal de Badajoz y al llegar Llerena tuvo que retroceder por venir una fuerte columna huida desde Sevilla, se supone han cortado comunicación en Llerena, por tanto considero necesario envío auxilio, pues en Mérida no tienen armas y es un peligro por aviación enemiga (Mérida, 5 de agosto de 1936).

O ésta:

> De gobernador civil a ministro. Ruega encarecidamente envío hoy aviación defensa esa capital así como para bombardear focos rebeldes e igualmente envío urgente artillería defensa misma. Encarece contestación urgente esta vía (Badajoz, 5 de agosto de 1936).[57]

Cuando este mensaje llegó a Madrid ya estaba Asensio a un paso de Los Santos, mientras Castejón dejaba Fuente de Cantos en dirección a Los Santos de Maimona con intención de llegar a Zafra y Puebla de Sancho Pérez. Asensio ya sabía desde Monesterio que las fuerzas de Badajoz lo esperaban en Los Santos, donde habían llegado sobre la una de la tarde. La carretera que llevaba a Los Santos estaba cortada cerca del paso a nivel y desde la Alcaldía se comunicó a Madrid que una columna formada por unos dos mil hombres y abundante material de guerra se encontraba a cinco kilómetros: «El Alcalde pide urgentes refuerzos pues es la única manera de cortar el paso a esta columna que avanza hacia Cáceres y Madrid».[58] A pocos kilómetros de Fuente de Cantos la columna de Asensio atravesó **Calzadilla de los Barros** en medio de la calma más absoluta. Los catorce presos derechistas ya estaban en libertad. Los dirigentes (Juan Rojas Rojas, Antonio Rojas Rocha, Pedro Pichardo Alonso, Faustino Silva González, Pablo Rojas Acosta, Guillermo Gordillo Paradela,

Antonio González Real, Santiago Méndez Lobato y Rodrigo Merino Domínguez) y otros cuarenta o cincuenta considerados milicianos habían huido.

Otros pueblos fuera de la ruta principal incorporados esos días a los golpistas fueron **Villagarcía de la Torre** y Montemolín, controlado el primero por la derecha local en cuanto desaparecieron los izquierdistas y ocupado el segundo por un oficial de la Guardia Civil que pronto cobraría fama por la enorme actividad desplegada en esos meses y, sobre todo, por la dureza de sus métodos, el capitán Ernesto Navarrete Alcal.[59] Los *rojos* de Villagarcía no atacaron la iglesia ni hicieron daño alguno a los 18 derechistas presos. Se limitaron a saquear un par de haciendas, quedarse con el dinero del cura y sacrificar ganado para alimentar a los aproximadamente cien milicianos que actuaron a las órdenes del Comité presidido por José Moreno Vejar. En **Montemolín** ocurrió otro tanto, siendo los mismos informes oficiales los que reconocieron que el trato recibido por los 19 presos fue «el que suele dar la gente de poca educación, pero sin bejaciones [*sic*] ni malos tratos y aun guardando algún respeto».[60] De poco valdría, pues sólo un mes después ya había *desaparecido*, entre otros, todo el Comité presidido por Antonio Rodríguez Lancharro.

Choque en Los Santos

Más adelante, ya con **Los Santos de Maimona** a la vista, en la falda de la Sierra de San Cristóbal, esperaba a Asensio la columna enviada por Puigdengolas desde Badajoz, formada por unos treinta camiones y que se extendía sobre un frente de unos tres kilómetros, contra el que fueron mandadas de inmediato la Bandera y el Tabor en medio de un prolongado cañoneo. Al mando del comandante Bertomeu, la componían dos compañías de fusiles, una al mando del capitán Otilio Fernández y otra al mando del capitán Buenaventura Carpintero; y una compañía de Carabineros, un cañón al mando del teniente Ten Turón y una sección de ametralladoras al mando del teniente Jacinto Ruiz Martín. A esta columna, que había salido de Badajoz a las tres y media de la madrugada del día cinco y que tardó unas ocho horas en llegar a Los Santos, se unió una compañía al mando del capitán Almansa Díaz, que había sido enviada el día anterior a Fuente de Cantos con la orden de llevarse a Badajoz a la Guardia Civil, pero que, vistos los testimonios de los que venían huyendo, que hablaban de «la enorme columna que había ocupado el pueblo» y, sobre todo, debido al predominio de los partidarios de incorporarse a la columna de Sevilla (José Almansa Díaz, Anastasio Riballo Calderón y Jenaro Nieto Cabañas frente a Juan Terrón Martínez), se dirigió a Los Santos por orden de Puigdengolas. Sabemos que en esta operación tomó parte el diputado socialista Nicolás de Pablo por el sargento Joaquín Zafra Mill, quien contó que cuando iba camino de su casa con la idea de escabullirse de

la operación tuvo la mala fortuna de cruzarse con un coche, en el que iba Nicolás de Pablo, y dos camiones cargados de milicianos. Como no supo qué contestar cuando De Pablo le preguntó hacia dónde se dirigía, se vio en la obligación de subir al coche y seguir para Los Santos.[61]

El contacto entre las dos fuerzas, la de Sevilla y la de Badajoz, tuvo lugar sobre las trece horas. Mientras los regulares iniciaban una maniobra de envolvimiento, Asensio pidió también un bombardeo por aviación y efectivamente, sobre las cuatro y media de la tarde, las fuerzas de Badajoz fueron bombardeadas y ametralladas por varios aviones enviados desde Sevilla, provocando la desbandada. Desde la misma columna, en la que existían muchos militares que estaban deseando pasarse al otro lado, se indicó al avión que no bombardeara. Dos oficiales —uno de ellos el teniente Guillermo García Fernández— desertaron y se presentaron en Fuente de Cantos al todopoderoso capitán de la Guardia Civil Ernesto Navarrete Alcal; otros, como el sargento Barragán, el teniente Ruiz o el capitán Lucenqui, lograron escabullirse y se escondieron en una casa.[62] El teniente de Infantería Patrocinio Carretero López declararía más tarde que desde el grupo donde él estaba, al mando del capitán Otilio Fernández, no se disparó un solo tiro;[63] y el brigada José Menor Barriga dijo que «a pesar de tener a las fuerzas nacionales a la distancia de 600 u 800 metros en terreno completamente descampado» no disparó, «viéndolas evolucionar con la mayor alegría».[64] Otro militar, el comandante Fernando Ramos, confesaría igualmente que antes de la operación fueron inutilizados varios cañones y que además quitaron los detonadores a las granadas.[65] Por su parte, el capitán José Almansa Díaz se jactaba de haber ordenado «desalojar y echar para el pueblo» a un grupo de paisanos armados que querían sumarse a sus fuerzas y cuando se le acercó alguien diciéndole que en Villafranca había 150 ó 200 milicianos dispuestos a ayudar le dijo: «Déjeme usted a mí de milicianos y de historias».[66] El alférez Domingo Mejías Rivera, «rodeado de milicianos que hacían fuego nutridísimo», pidió que lo relevaran, ante lo cual Bertomeu le espetó que era un cobarde.[67] Contamos con un dato más sobre las tensas relaciones entre militares y milicianos: el capitán Valeriano Lucenqui y el teniente Ruiz fueron obligados por el sargento Barragán y un grupo de milicianos a salir de una casa donde se habían metido para no participar en el combate.[68] El desprecio por las «milicias marxistas», que llega al extremo de prohibir a los milicianos que gritasen UHP o cualquier otra cosa, sería utilizado en su defensa por todos estos militares cuando tuvieron que justificar su actitud ante los instructores de Yagüe. Por otra parte, de las fuerzas de Carabineros que intervinieron, al mando del capitán José Gata Igartua, sólo actuó una sección, quedando la otra, la del teniente Cesáreo Torres Camacho, en las afueras sin actuar en ningún momento.[69] Asensio tuvo dos legionarios muertos —uno de ellos un teniente— y diecinueve heridos; en el campo contrario se recogieron un número indeterminado de muertos —se llegó a hablar de unos

trescientos[70]— y se incautó abundante material de guerra. El pueblo fue ocupado sobre las ocho de la tarde del día cinco. Desde Zafra advirtieron a Madrid del combate y de algo más grave: si no se tomaban medidas urgentes antes de que llegaran a unirse los sublevados de Cáceres con los de Sevilla, Badajoz quedaría fatalmente aislada. La fuerza que volvió a Badajoz, parte de la cual ni llegó a intervenir, estaba formada por unos novecientos hombres entre milicianos (unos 500), soldados (250 de Infantería) y carabineros (unos 100) con un cañón y cuatro ametralladoras. El control de Badajoz quedó mientras tanto casi enteramente en manos de las milicias. Cuando el coronel Ildefonso Puigdengolas llegó a la ciudad envió al Ministerio de la Guerra el siguiente mensaje:

> Hoy marché sobre enemigo que se encontraba fuertemente colocado en proximidades Santos de Maimona y entablando combate, me ha sido imposible romper resistencia enemiga por lo que me he retirado Badajoz sin perder ni hombres ni material. Causas fracaso por carecer de Artillería y morteros de los que el enemigo tiene en abundancia, aunque combate duró cinco horas no tuve más que doce heridos. Enemigo quedó su misma posición y supongo más tarde continuará su avance por lo que pondré estado defensa Ciudad Badajoz.[71]

Asensio, como era habitual, esperó a la noche para seguir el trayecto tras dejar encauzada a su modo la vida local. Así, antes de partir, sus hombres practicaron numerosos registros y detenciones en sólo unas horas, y puesto que Zafra todavía no había sido ocupada, acordó con Castejón que dos compañías de la columna de éste avanzaran hasta la Sierra de San Cristóbal para evitar cualquier intento de penetración en Los Santos. En el parte de bajas del día seis mencionó trece heridos por un ataque de un avión contrario, el primero desde su salida de Sevilla. Los Santos fue otro de esos pueblos donde los días rojos no pasaron de las requisas e incautaciones de alimentos. Ante la levedad de lo ocurrido y para justificar la tremenda represión desencadenada, en uno de los informes de 1941 a la Causa General, el Ayuntamiento aseguró que existió el propósito de asesinar a los presos, pero que no dio tiempo. Los diversos informes concluyeron que los responsables de todo fueron los miembros del Comité presidido por Antonio José Hernández Castilla (alcalde y presidente de la Casa del Pueblo). Otras veintinueve personas fueron acusadas de maltrato a los presos, aunque como reconocía la Causa General, «no hubo extracciones o entregas de presos para ser asesinados fuera de las cárceles».[72]

En Mérida y Badajoz se vivió con enorme preocupación la caída de Los Santos y el fallido intento de frenar el avance de la columna. El temor era cada vez mayor. En la tarde del día seis el diputado Nicolás de Pablo informó a Madrid de que los sublevados estaban utilizando como campo de aterrizaje un terreno cercano al pueblo portugués de Amareleja, junto a Valencia del Mombuey, al suroeste de Badajoz. Otro diputado, Jesús de Miguel Lancho,

presidente de IR, desde Don Benito, donde se encontraba por disposición gubernativa, describió la situación como crítica, resaltando el peligro que representaba la columna tan bien pertrechada, cuyo avance era protegido por otra similar y por la aviación. «Creo conveniente envío refuerzos Badajoz con Artillería y que mañana temprano aviación bombardee facciosos de Los Santos y Cuartel sublevados Badajoz», concluyó en referencia a la Guardia Civil. Paralelamente la UGT de Badajoz comunicó que era «urgentísimo cortar el paso de la columna enemiga que ya está en Los Santos de Maimona». Las quejas también se referían a la total tranquilidad con que estaba actuando la aviación de Queipo, bombardeando las fuerzas de los pueblos cercanos aún no ocupados.

Desde Mérida se mandaron de nuevo mensajes alarmantes a Madrid, insistiendo en que los bombardeos ocasionales no producían efecto alguno en una columna que constantemente podía subsanar bajas y daños. Mérida urgía la llegada de material de guerra y aviones. «Harían falta 500 fusiles. Gracias a los enviados anteayer puede sostenerse lucha. El enemigo tiene blindados», añadía. Al mismo tiempo desde Don Benito se avisó de que había concluido la preparación de un campo de aterrizaje y que los muchos hombres dispuestos a luchar poco podían hacer con los veinticinco fusiles de que disponían. También el alcalde de Zafra, el socialista José González Barrero, que comunicó haber captado una orden de salida del Tercio entre Marruecos y Cádiz, advirtió a Mérida de la inminencia de la columna que había ocupado Los Santos. Minutos después llegaba un mensaje de Puigdengolas solicitando urgentemente aviación, artillería, morteros y ametralladoras «para actuar con éxito».[73] Desde Ciudad Real se dijo estar preparados para partir hacia Mérida en ayuda de las fuerzas del capitán de Asalto Carlos Rodríguez Medina; también desde aquí se pedían con urgencia ametralladoras y bombas.

La Guardia Civil se subleva en Badajoz

Antes de seguir conviene que nos detengamos en un suceso importante que conmocionó a la ciudad de Badajoz en esos mismos días. El 22 de julio, llamada a definirse desde otros puntos, la Guardia Civil de Badajoz, entre vivas a España y saludando a las fuerzas africanas, comunicó a diversas comandancias, y éstas a Franco, que se hallaba al lado del «Movimiento Nacional». Ante el cariz que tomaba la situación, el día 30 de julio, un numeroso grupo de guardias civiles de Badajoz y Mérida enviados a Madrid se sublevaron en la Estación de Medellín y se dirigieron a Miajadas. Ante esto, el Comité, resuelto a que los que quedaban no siguieran los mismos pasos, resolvió reducirles el armamento y mantenerlos en constante vigilancia. Puesto que el curso de los acontecimientos en la ciudad obligó a la Guardia Civil a esperar un mejor momento para sublevarse, su actitud inicial quedó en suspenso.